



[http://es.wikipedia.org/wiki/Julio\\_Argentino\\_Roca](http://es.wikipedia.org/wiki/Julio_Argentino_Roca)

## Roca, el arquitecto del Estado moderno

**Miguel Ángel De Marco \***

El 19 de octubre de este año se cumplió un siglo del fallecimiento de Julio Argentino Roca, el estadista y militar de quien puede decirse que fue el constructor del Estado moderno en el país. La evocación del suceso obtuvo nula repercusión oficial, dio origen a varios actos organizados por instituciones privadas y provocó algunas manifestaciones de rechazo en las que se llegó a proponer, una vez más, la remoción de sus estatuas y de los nombres de las calles que lo recuerdan. Fue

una nueva exteriorización de la cada vez más extendida costumbre de entablar combates al borde de los sepulcros en vez de debatir las grandes cuestiones de las que depende el futuro.

### **NACIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS**

Roca vio la luz en San Miguel de Tucumán el 17 de julio de 1843. Era hijo del coronel José Segundo Roca, quien había estado a las órdenes del Libertador José de San Martín, al

\* El autor es Presidente de la Academia Nacional de la Historia y Ciudadano Ilustre de Rosario.

que admiraba; peleado en la Campaña de la Sierra e intervenido en las acciones militares que dieron independencia al Perú. Después había combatido en la guerra contra el Imperio del Brasil y, más tarde, luchado en las filas de los generales José María Paz y Gregorio Aráoz de Lamadrid; padecido el destierro luego de la derrota de éste último a manos de Facundo Quiroga y soportado la perspectiva del fusilamiento tras la fracasada invasión sobre Tucumán desde Bolivia, en la que intervino, ya con el grado de coronel, a las órdenes del general Javier López. El gobernador delegado de su provincia, Juan Bautista Paz y Figueroa, intercedió por él ante el general Alejandro Heredia; poco después le dio la mano de su hija, una atractiva joven de nombre Agustina, quien sufrió de inmediato las penurias propias de los tiempos turbulentos que le tocaba vivir.

El coronel participó en la guerra contra la Confederación Peruano Boliviana. Fue denunciado de simpatizar con el presidente de ésta, mariscal Andrés Santa Cruz, y se lo envió a Buenos Aires para mantenerlo controlado. Allí nacieron sus hijos mayores, Alejandro, Ataliva, Celedonio y Marcos. Regresó a Tucumán en 1842, donde un año más tarde nació Julio. Éste contaba diez años al producirse la caída de Juan Manuel de Rosas, que regía con mano férrea la denominada Confederación Argentina.

Su padre siguió comprometiéndose en las reyertas lugareñas hasta que la familia recibió un duro golpe: la muerte de doña Agustina. El viudo decidió enviar a sus dos hijos mayores a Buenos Aires, para que se emplearan en el comercio; marchó con los tres del medio hacia Concepción del Uruguay, donde funcionaba el célebre Colegio fundado por Urquiza; y dejó a los tres más pequeños en San Miguel de Tucumán al cuidado de la familia. Instaló a los estudiantes, entre los que se hallaba Julio Argentino, del mejor modo que pudo, pues era pobre, y permaneció un tiempo en Entre Ríos, al servicio del gobierno nacional, con la ilusión de “ocuparme de algún trabajo que me distraiga y me dé plata, porque los 110 pesos de sueldo no alcanzan para nada”.

### “EL ZORRO”

En 1858, Don José Segundo se hallaba de regreso en Tucumán, donde recibía satisfactorias noticias del desempeño de Julio como alumno del área militar del establecimiento, donde se formaban los futuros oficiales del Ejército. El adolescente se distinguió como alumno –obtuvo nota de sobresaliente en todas las asignaturas– y se convirtió en líder de sus compañeros, a quienes comandaba en las incursiones por los gallineros vecinos al colegio destinadas a paliar los efectos de la escasa comida que cotidianamente recibían. Fue entonces cuando se le dio el sobrenombre de “El Zorro”, que más tarde sirvió para destacar la astucia que caracterizaba su actuación.

Al estallar en mayo de 1859 la guerra entre la Confederación Argentina y el Estado de Buenos Aires, Julio Argentino, que no estaba obligado a combatir por su edad, solicitó al director del Colegio de Concepción del Uruguay que le permitiera incorporarse al ejército. Se le dio el mando de una pieza de artillería y participó con valor en la batalla de Cepeda (23 de octubre de dicho año), donde las tropas al mando del presidente Justo José de Urquiza derrotaron a las fuerzas porteñas

que comandaba el coronel Bartolomé Mitre. En las filas de la Guardia Nacional de Buenos Aires revistaban sus hermanos Alejandro y Ataliva.

Si bien luego de aquella campaña se firmó el Pacto de Unión Nacional y se dieron algunos pasos en busca de la concordia, los ejércitos de la Nación y de la ahora provincia de Buenos Aires volvieron a enfrentarse en la batalla de Pavón (17 de septiembre de 1861). Allí combatieron quien había sido presidente hasta pocos meses atrás, Urquiza; el que asumiría el Poder Ejecutivo de la República en octubre de 1862, Mitre; y quien estaba destinado a ocupar la jefatura del Poder Ejecutivo de la Nación casi veinte años más tarde, Roca.

Este último disparó los cañones de su batería hasta que se consumieron los últimos cartuchos. Cuando ya no contaron con pólvora ni balas, los oficiales confederados procuraron mantener la disciplina frente al temor de sus hombres que temían quedar clavados en las bayonetas de la infantería porteña. El teniente reunía sus efectivos y los exhortaba a mantenerse unidos cuando vio que un jinete se acercaba al galope. Era su padre, quien, temiendo por su suerte, le pidió que se retirase. Julio se cuadró militarmente, para demostrarle que no le contestaba el hijo sino el oficial, y le dijo que no tenía orden de retirada. “Yo le había tomado mucho cariño a mis dos cañones, no los quería abandonar, y le contesté como tú dices al pobre viejo –le expresaría décadas más tarde a Ezequiel Paz–, con quien me reuní tarde en la noche en el monte de Flores”.

Urquiza había optado por abandonar el campo de batalla cuando aún podía alcanzar la victoria, y se había refugiado en la provincia de Entre Ríos; y Mitre había logrado consolidar su posición y convertirse en vencedor. Le tocaría comenzar una ardua tarea de reorganización nacional, sorteando los obstáculos que le generaban amigos y adversarios.

El joven Roca se incorporó al ejército porteño, del que formaba parte su tío, el coronel doctor Marcos Paz, futuro vicepresidente de la República; y como oficial del 6 de infantería de línea tomó parte en la cruenta campaña al interior que terminó con la muerte del general Ángel Vicente Peñaloza, “El Chacho”. Se lo destinó después a la línea de fortines, puesto desde el cual tuvo su primer contacto con la llamada guerra del desierto, hasta que la falta de alimentos y el rigor del clima hicieron que se lo trasladara del Fuerte Nuevo, Mendoza, a La Rioja para curar su enfermedad.

### LA GUERRA DEL PARAGUAY

Cuando estalló la guerra con el Paraguay, como consecuencia de la invasión a la provincia de Corrientes (13 de abril de 1865) por parte de las tropas del mariscal Francisco Solano López, Roca recibió orden de reincorporarse al 6 de línea, con el grado de capitán, y marchó hacia el Rincón de Soto, donde estaba su batallón. Participó en las acciones libradas sobre el Paraná a la espera de que se reuniera todo el ejército para cruzar al territorio adversario. El presidente Bartolomé Mitre, declarado *generalísimo* de los ejércitos de la Argentina, Brasil y Uruguay, procedió a organizar y disciplinar su ejército, compuesto en buena parte por guardias nacionales con escasa o nula preparación militar, en el campamento de



Ayú hasta que marchó con esas tropas a reunirse con las que estaban en la provincia de Corrientes.

A principios de 1866, en el campamento de Ensenada, Corrientes, Roca se encontró con su padre, que comandaba el batallón *Tucumán*, el cual formaba brigada con el *Salta*; con sus hermanos Rudecindo, Celedonio y Marcos, y con sus primos Marcos y Francisco Paz. El coronel Roca falleció repentinamente el 8 de marzo. Más tarde morirían en combate los cuatro últimos mencionados.

Casi un año después de iniciada la guerra, los aliados, que habían logrado que las fuerzas paraguayas se retirasen sobre su propio territorio, comenzaron la invasión. En mayo de 1866 se libraron las batallas de Estero Bellaco (día 3) y Tuyutí (día 24), ésta última considerada como la más grande y sangrienta de América del Sur. Roca se destacó por su valor temerario y llamó la atención del ministro de Guerra y jefe de Estado Mayor, general Gelly y Obes, quien le propuso a Mitre ascenderlo a mayor y darle el mando del batallón *Salta*.

Después de otras acciones en las que no participó su unidad, el 22 de septiembre de 1866 se produjo el asalto a las inexpugnables fortificaciones de Curupaytí.

Alentado por su jefe, el *Salta* se mantuvo en su puesto pese a quedar diezado durante las cuatro horas de inútiles esfuerzos por escalar los parapetos. Recuerda Francisco Seeber en sus Cartas sobre la Guerra del Paraguay: “El batallón 12,

sin jefe y con contados oficiales, se desbanda. El mayor Roca entra en las filas de ese batallón picando espuelas a su caballo, trata de animar a los soldados y a uno de sus capitanes lo incita a contener a los que empezaron a flaquear [...] En el camino, el mayor Roca alzó al teniente Daniel Solier del 1º de línea que venía herido. Una metralla que reventó a su lado hizo espantar el caballo y Solier hubiera caído al suelo si no se hubiese asido fuertemente a Roca. Puedo asegurar que de todos los oficiales jóvenes que hay en el Ejército, ninguno reúne mayores condiciones militares y juicio más acertado que el mayor Roca. Está destinado a desempeñar un papel muy importante en el ejército, y es una injusticia que no lo hayan ascendido a teniente coronel en el campo de batalla”. Con los años, Solier se incorporó a la Marina de Guerra, llegó a vicealmirante y ocupó cargos de importancia durante las presidencias de Roca.

Después del fallido asalto, se le propuso a Mitre el nombre del tucumano para comandar el 1º de infantería, cuyo jefe había quedado muerto en las trincheras. Pero la designación se frustró porque el vicepresidente en ejercicio, Marcos Paz, se negó a firmar un ascenso que beneficiara a un pariente cercano.

### EN LOS ENFRENTAMIENTOS CIVILES

El ejército se hallaba inactivo en Tuyú Cué cuando se produjo en Cuyo la denominada “Revolución de los Colorados”, que podía poner en peligro la continuidad de la lucha exterior. El vicepresidente Paz dispuso que bajasen del Paraguay algunas unidades del Ejército, entre las que se hallaba el 6 de infantería. Roca había vuelto a la segunda jefatura y participó en forma destacada en la batalla de San Ignacio, el 1º de abril de 1867, donde los insurrectos fueron vencidos. Mientras parte de las tropas volvían al frente, el joven mayor recibió orden de ocupar igual cargo en el 7 de infantería, con el cual guarneció San Juan, La Rioja y Córdoba, para pasar finalmente a Río Cuarto, donde recibió el mando de la unidad y el grado de teniente coronel.

Con motivo de haberse producido un conflicto entre el comandante militar y el gobernador de Salta, el ahora presidente Domingo Faustino Sarmiento ordenó al ministro de Guerra y Marina, coronel Martín de Gainza, que le propusiese un oficial para que marchara hacia la provincia norteña y le comunicara su relevo al coronel Cornejo. Se trataba de una misión delicada por el prestigio e influencia de que éste gozaba. Cuando Roca se presentó al despacho del primer mandatario, Sarmiento lo increpó a Gainza: “Le he pedido a usted un hombre de energía e inteligencia, un guerrero probado y no un barbilindo”. Según se dice, el ministro le replicó hablándole de la brillante foja de servicios de aquel jefe de 26 años, e invocó la profecía de su colega en la cartera de Instrucción Pública, Nicolás Avellaneda: “He conocido a un oficial Roca, que con mucha zorrería tucumana dará mucho que hablar a la República”.

La misión resultó exitosa y el jefe del 7 volvió a hacerse cargo de su unidad, con la que poco después le tocó combatir la rebelión de Ricardo López Jordán, ocurrida tras el asesinato de Justo José de Urquiza el 11 de abril de 1870. El gobierno nacional volcó su poderío bélico sobre las provincias de Entre Ríos y Corrientes, y si bien los insurrectos consiguieron

algunos triunfos parciales, fueron completamente derrotados en la batalla de Ñaembé, el 26 de enero de 1871. La actuación de Roca fue decisiva, y tanto él como el comandante de las tropas nacionales, Santiago Baibiene, fueron ascendidos a coroneles.

## JEFE DE FRONTERA

En diciembre del mismo año se lo designó comandante de la plana mayor de la frontera sur de Córdoba, con asiento en Río Cuarto, a las órdenes del general José Miguel Arredondo. Lo había precedido en dicho cargo su camarada de la guerra del Paraguay Lucio V. Mansilla, quien no sólo le transmitió sus experiencias personales sino que le entregó su recién aparecido libro *Una excursión a los indios ranqueles*. Más allá de los vínculos castrenses, tenían distintas visiones de la vida y la milicia. Mansilla era extrovertido, fantasioso, amigo de la vida social y de los brillantes uniformes, y en ocasiones indisciplinado. Roca, por su parte, era circunspecto, reservado, observador agudo de los hombres y las circunstancias, a la vez que cultor a ultranza de la subordinación militar. Pero ambos cultivaban el valor hasta las últimas consecuencias.

Roca se entregó a la organización de los fortines de su jurisdicción y a la casi imposible tarea de dotar de vestimenta y recursos a sus hombres: las penurias financieras de la administración de Sarmiento eran crecientes. También se dedicó a cultivar amistades políticas a través de una asidua correspondencia con gran número de corresponsales en todo el país. Hijo de guerrero de la independencia y miembro de una familia conspicua de Tucumán, no le costó demasiado penetrar en la sociedad cordobesa durante sus viajes a la ciudad mediterránea, y visitar la casa de los Funes, con una de cuyas mujeres, Clara, contrajo enlace tras un rápido noviazgo, el 22 de agosto de 1872. El 17 de mayo de 1873 nació el primer hijo, Julio Argentino, destinado a ocupar en el futuro la vicepresidencia de la República, entre otros cargos relevantes.

En Río IV formaron un hogar austero, que más tarde se alegró con la llegada de cinco hijas; y aunque las obligaciones castrenses de Roca eran crecientes, los esposos viajaban con cierta frecuencia a Córdoba, donde el coronel constituyó un grupo de amigos que luego se convertirían en firmes respaldos políticos en su camino hacia la presidencia de la República, como su cuñado Augusto Funes, su concuñado Miguel Juárez Celman, Manuel D. Pizarro y Antonio del Viso.

Roca tenía a su cargo, además del personal de los fortines, dos regimientos de línea, el 7 y el 12 de infantería, cuando se le ordenó marchar hacia Entre Ríos para combatir a las fuerzas de López Jordán que se había alzado por segunda vez contra el gobierno nacional. Sarmiento había ordenado en forma expresa que Roca se presentara en el ejército que mandaba el ministro Gainza. No alcanzó a incorporarse, pues éste venció a los insurrectos en Don Gonzalo, el 9 de diciembre de 1873, por lo que el tucumano regresó a la frontera.

Menos de un año más tarde se produjo otra revolución, en vísperas de la entrega del mando presidencial al doctor Nicolás Avellaneda. La encabezó Bartolomé Mitre, impulsado por su partido, el Nacionalista, con el argumento de que se había cometido fraude en los recientes comicios. El movi-

miento se registró en dos frentes: la provincia de Buenos Aires y el sur de Córdoba junto a Villa Mercedes, San Luis. En la primera, varios adictos a Mitre intentaron afanzarse tras lograr pequeños triunfos, pero no lo lograron, y el antiguo jefe de los ejércitos del Paraguay resultó vencido en forma rotunda por el joven teniente coronel José Inocencio Arias en la batalla de La Verde.

En Villa Mercedes, José Miguel Arredondo se puso al frente de la revuelta luego del asesinato del general Teófilo Ivanovsky. Sarmiento, decidido a terminar con la insurrección aunque estuviese en los últimos días de gobierno, le ordenó a Roca que marchara contra Arredondo, quien a su vez decidió dirigirse hacia Río IV donde se encontraba el joven coronel, convencido de batirlo. Pero éste se había retirado hasta Ballesteros para evitar una lucha que, por la desventaja de fuerzas, podía resultar desfavorable. Arredondo vio libre el camino y decidió avanzar hasta Villa María, con la idea de proseguir hacia Buenos Aires, según el plan general del movimiento. Mas tuvo noticias de que lo aguardaban poderosos elementos militares del gobierno y retrocedió a Córdoba, donde entró el 3 de octubre. Lejos de recibirlo en triunfo, la ciudad le manifestó su hostilidad. Por otra parte, tuvo noticias adversas sobre la intervención de otros implicados. Como Roca, reforzado por efectivos de línea y Guardia Nacional, había tomado ahora la iniciativa, el general rebelde se vio forzado a volver sobre sus pasos, no sin sufrir deserciones.

Roca avanzaba con lentitud, pues no había logrado fortalecer suficientemente su ejército. Mientras tanto, las tropas legales reunidas por el gobierno de Mendoza, al mando del teniente coronel Amaro Catalán, eran alcanzadas por Arredondo en la hacienda de Santa Rosa y atacadas con ardor para impedir su unión con el comandante de la frontera de Río IV. La victoria coronó las previsiones del general, quien en adelante sólo tuvo que vérselas con Roca. Éste apostaba a lograr un triunfo definitivo. Una vez convencido de que estaba en condiciones de vencer a Arredondo, había marchado contra éste, quien se había colocado en un sitio también denominado Santa Rosa, muy bien elegido tácticamente, apoyada su ala derecha sobre el río Tunuyán y protegida su izquierda por inundaciones provocadas. El frente había sido cubierto por un foso, un parapeto y empalizadas. Analizada la situación, Roca simuló un ataque frontal, mientras mandaba encender fogones como si acampara frente a las fuerzas adversarias. A medianoche, en silencio, desplazó sus efectivos hasta colocarlos a espaldas de aquéllas; y a las 7 de la mañana del 7 de diciembre los empeñó en una acción de frente invertido, que concluyó con la derrota del general revolucionario, quien sufrió fuertes bajas. Fue una batalla de aniquilamiento que le impidió continuar sus operaciones. Roca recordó la vieja frase “a enemigo que huye, puente de plata”, y dejó que Arredondo marchase exiliado a Chile. El presidente Avellaneda, enterado del triunfo de su comprovinciano, le envió el siguiente mensaje: “Lo saludo general de los ejércitos de la República sobre el campo de la victoria”[...] Estaba usted llamado a cerrar la jornada con los esplendores de la victoria, y todos teníamos ese presentimiento desde que vimos aquella intrepidez serena que suele ser la dote de los grandes capitanes y con la que usted supo formar en retirada su ejército sobre una base de 200 hombres, a la vista del enemigo que avanzaba orgulloso y fuerte, concluyendo

usted por cerrarle el paso hacia el litoral y desbaratar así el formidable plan de los conjurados”.

La estrella de Roca se hallaba en el cenit. Recibió el mando general de las fronteras de San Luis y Mendoza, donde comenzó a estudiar concienzudamente un plan general que permitiera la ocupación de lo que entonces se denominaba “el desierto”. Mientras tanto, su nombre se leía con frecuencia en los diarios de todo el país.

### “ME HA PARECIDO MÁS PURO Y RADIANTE EL SOL DE MAYO”

El general Roca estaba en desacuerdo con la estrategia adoptada por el ministro de Guerra y Marina de Avellaneda, Adolfo Alsina, para encarar la lucha contra las tribus indígenas que asolaban gran parte del país. Ésta seguía siendo eminentemente defensiva, y con el fin de contener los malones se levantaban pueblos y fortines, a la vez que se cavaba una gran zanja de la que algunos órganos de prensa se burlaban llamándola “la muralla china al revés”. Roca le manifestó al ministro sus puntos de vista divergentes pero obedeció las previsiones adoptadas. En su concepto, era indispensable tomar la ofensiva y en una rápida marcha derrotar a los temibles ranqueles y araucanos.

Alsina murió repentinamente en diciembre de 1877, y Avellaneda nombró en su lugar a Roca, quien de inmediato se dedicó a la tarea de planificar cada detalle y preparar los medios materiales para avanzar hasta el Río Negro. La población del país apoyaba en forma mayoritaria la decisión del gobierno, a raíz de los constantes saqueos, cautiverios y destrucción que provocaban los malones.

La campaña se desarrolló a través de la marcha de cinco columnas que cubrieron con rapidez los objetivos asignados. El 25 de mayo de 1879, Roca, con su estado mayor, llegaba a las orillas del Río Negro y enarbolaba allí la bandera argentina. En su parte telegráfico a Avellaneda, señalaba: “En estas apartadas latitudes me ha parecido más puro y radiante el sol de Mayo. Hoy lo hemos saludado al asomarse al horizonte, con salvas y otras pompas militares”.

El genocidio al que se refieren determinados autores no se corresponde con el escaso número de muertos en lucha, muchos menos comparados con la expedición de Juan Manuel de Rosas, desarrollada en 1833. En cambio, sí hay que subrayar que ni Roca ni los mandatarios sucesivos se ocuparon demasiado de los vencidos, quienes quedaron librados a la miseria o pasaron a servir en las unidades militares y en las casas de familia.

### PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

El éxito de la expedición de 1879 y la paciente labor desarrollada por Roca y sus amigos políticos en distintos puntos del país, unida al apoyo del presidente Avellaneda, lo convirtieron en el candidato natural para la primera magistratura de la Nación. El Partido Autonomista Nacional le brindó su extendida red de influencias, y contra ese conjunto de factores nada pudo el postulante porteño Carlos Tejedor. Antítesis de Roca en carácter y procedimientos, el gobernador de Buenos Aires eligió el camino de la lucha armada, basándose en la reciente ley de federalización de Buenos Aires.

Vencido el alzamiento por las fuerzas nacionales, en junio de 1880, luego de cruentos combates, Roca asumió la presidencia de la República el 12 de octubre de ese año. El lema “Paz y administración”, expresado en su primer discurso ante el Congreso, exteriorizó la voluntad de construir en un clima de orden y concordia.

Aquel día, el joven general de 33 años, con su uniforme de gala, desplegó un plan de gobierno esperanzador. Augusto Marcó del Pont traza este retrato: “Su físico no tiene nada de imponente. De estatura regular, de complexión no muy robusta, pero sí resistente a las fatigas; tenía el pecho ancho, la espalda correcta, menudos los brazos y el conjunto bien proporcionado [...] “Su cráneo es asímetro, con una fuerte inclinación hacia la derecha. La frente alta y ‘bom-bé’, las cejas de firme arco, los ojos salientes, claros, vivos y brillantes y la nariz deprimida en su base y de forma marcadamente aguileña, daban a su rostro una predominante impresión de fuerza e inteligencia [...] La barbilla de recio dibujo y los labios gruesos y rectos completaban, con una bien cuidada barba cuadrada, lo más característico de su faz. Su mirada era “penetrante y fría, mirada analista y dominante, la voz clara y queda, la gesticulación mesurada y la marcha cautelosa”.

El nuevo presidente conocía como pocos las deficiencias del Ejército y la Armada. De ahí que no sólo modernizara el armamento y las instalaciones, sino que promoviera la sanción de leyes destinadas a una profesionalización que circunscribiese a los militares a sus labores específicas.

Durante los seis años de su primer mandato el país creció en forma notable. Hubo enfrentamientos muy agudos entre católicos y liberales, a raíz de la política educativa que dio por resultado la escuela igualitaria de la Ley 1420, y se registraron otros roces con la Iglesia, hasta provocar una ruptura de relaciones que duró dieciséis años y le tocó reanudar en su segunda presidencia.

La inmigración contribuyó en forma decisiva al desarrollo material, pero puso sobre el tapete problemas sociales hasta entonces desconocidos. Para superarlos se buscaron soluciones propias del momento histórico en que surgieron: el Estado buscó un equilibrio sin romper los esquemas ideológicos que el mundo profesaba entonces.

La actitud del Presidente en el plano internacional fue firme pero flexible. Roca aplicaba al pie de la letra la fórmula que lo había llevado al poder: la intransigencia se aplicaba sólo en aquellos casos en que estaba en peligro el honor y la seguridad de la Nación, pero si había un resquicio para negociar, siempre resultaba mejor el diálogo que el agravio irreparable. Así, entre otros logros en ese campo, se pudo llegar a la firma del tratado argentino-chileno de 1881. Además, le correspondió reclamar, en 1884, por primera vez desde que lo hiciera Juan Manuel de Rosas treinta y cinco años antes, la soberanía sobre las Islas Malvinas.

En su último mensaje ante el Congreso, que comenzó con la frente herida por una pedrada que casi le quitó la vida, expresó, dirigiéndose al nuevo primer mandatario, Miguel Juárez



Celman: “Os entrego el poder con la República más rica, más fuerte, más vasta y con más crédito y amor a la estabilidad, con más serenos y halagüeños horizontes que cuando la recibí yo”.

La violencia política y la injerencia oficial que habían caracterizado toda la historia argentina no estuvieron ausentes, sobre todo en el momento de elegir a su sucesor, candidato y concuñado Miguel Juárez Celman, quien, sin embargo, no tardó en tratar de convencerlo con gestos y actos de que su influencia tocaba a su fin. Vano intento el de anular su gravitación: el caos político y económico del gobierno de Juárez, que provocó la revolución del 26 de julio de 1890, le dio a Roca nuevo protagonismo, sobre todo después de asumir el Poder Ejecutivo el vicepresidente Carlos Pellegrini. Ambos fueron los árbitros de la política argentina, a veces muy próximos, otras distanciados. Nada pudieron las revoluciones radicales, ni la prédica de la prensa antagónica, ni los acuerdos entre los hombres de la oposición. Roca logró desviar el peligro que representaba la candidatura “modernista” de Roque Sáenz Peña, acordando con Bartolomé Mitre que el candidato a presidente fuera don Luis Sáenz Peña, seguro de que aquel hijo respetuoso no competiría con su progenitor; y luego de la renuncia del anciano mandatario, en 1895, y su reemplazo por el vicepresidente José Evaristo Uriburu, aceptó la maquinaria del Partido Autonomista para alcanzar por segunda vez la magistratura en 1898. Su condición de senador desde 1892, lo había mantenido en un lugar decisivo y expectable hasta el momento de ser elegido.

### LA SEGUNDA PRESIDENCIA

A modo de síntesis de la ingente labor desarrollada, cabe reproducir el breve pero halagüeño balance que hizo el

1º de mayo de 1904, al dejar inauguradas las sesiones del Congreso Nacional, escasos meses antes de concluir su mandato: “No hay una sola región del país, por apartada que esté, en la cual no se haya inaugurado, o no esté en vías de construcción, una escuela primaria o superior, o de enseñanza agrícola, un ferrocarril, un camino, un puente, un puerto, una línea telegráfica, un hospital, un cuartel. Observaréis que en todas las ciudades importantes, hay costosas obras sanitarias; y que hemos balizado y alumbrado nuestras costas marítimas y nuestros grandes ríos, a fin de que se pueda navegar por ellos como se transita por un bulevar iluminado.

“Os daréis cuenta exacta al comunicaros las impresiones respectivas que traeréis de todos los rumbos de la República, de la intensidad de la vida, del activo movimiento y de las nuevas energías altamente satisfactorias que se despiertan por todas partes.”

Sus palabras reflejaban la imagen de un país pujante que, más allá de los conflictos políticos, sociales y aun económicos, abrigaba fundadas esperanzas en un promisorio porvenir. Roca había cerrado, a través de un abrazo con el presidente de Chile, Federico Errázuriz, y mediante una coherente acción diplomática, la posibilidad de una triste guerra entre dos naciones hermanas; había acentuado las buenas relaciones con Perú y resuelto los problemas pendientes con Brasil. También había enunciado, en la voz de su canciller Luis María Drago, el principio del cobro no compulsivo de la deuda pública, a raíz de la belicosa actitud de tres naciones europeas que se basaban en la demora de Venezuela para pagarla. Por otro lado, el Presidente había



abierto, en forma visionaria, las relaciones diplomáticas con la nueva potencia de Oriente, Japón, y velado por la creciente profesionalización del servicio exterior de la República.

En aquella segunda presidencia que concluía (1898-1904), había promovido la explotación de vastas regiones desiertas de los territorios nacionales, los estudios de tierras y aguas para explotárlas y colonizarlas, la investigación de cultivos adaptables a cada zona, el examen zootécnico de los ganados, la realización de perforaciones en Comodoro Rivadavia, que dieron por resultado el descubrimiento de petróleo; el desarrollo de la industria pesquera mediante la importación de especies de los Estados Unidos; la instalación de observatorios meteorológicos, entre ellos el más austral del mundo en las Orcadas del Sur, con lo que se tomó posesión de la Antártida Argentina, etcétera. Su clara concepción acerca de la necesidad de favorecer la educación en distintos planos se tradujo en la construcción de edificios equipados con todos los adelantos de su tiempo.

Dos hechos de la gestión de Roca provocaron en su momento gran agitación pública. En 1901, con motivo de su intento de unificación de la deuda externa de la Nación, que se distribuía en más de treinta empréstitos, puso en evidencia una vez más su realismo político y flexibilidad. Si bien había avanzado en esa idea a través de gestiones que encomendó realizar en Europa a Carlos Pellegrini, al hallar una cerrada oposición en el Parlamento, la prensa y la opinión pública, tuvo la sensatez de dar marcha atrás con el proyecto. Ello le ganó la enemistad implacable de su antiguo amigo y partidario, quien se sintió traicionado. En medio de aquellos días turbulentos, no había

vacilado en visitar a su antiguo comandante en jefe en el Paraguay y adversario político durante muchos años, el general Mitre, para pedirle opinión. Éste le respondió con pocas pero categóricas palabras atribuidas al fisiócrata francés Mirabeau, que implicaban un claro consejo: “Cuando todo el mundo se equivoca, todo el mundo tiene razón”.

En 1902 se agudizó la tensión social y se produjeron manifestaciones y huelgas violentas promovidas en especial por anarquistas de origen foráneo. El gobierno promovió la sanción de la Ley de Residencia, que habilitó al Poder Ejecutivo a expulsar a los extranjeros sin juicio previo. Se trató, sin duda, de un expediente drástico frente a circunstancias particularmente difíciles, que recién fue derogado en 1958 bajo la presidencia de Arturo Frondizi.

Pero, también, Roca propuso al Congreso en 1904 el moderno Código del Trabajo, obra del ministro Joaquín V. González, rechazado por legisladores conservadores y de izquierda que no le dieron sanción, el cual constituía, según lo reconocieron años más tarde algunos líderes socialistas, una respuesta a los problemas sociales mediante la protección de los asalariados.

En el ejercicio de sus funciones, supo ser respetuoso y accesible a las opiniones de sus ministros y colaboradores. Acostumbrado a mandar como soldado, como jefe de partido y como gobernante, Roca sabía reconocer sus errores y aun disculparse ante sus colaboradores inmediatos. Carlos Ibarguren narra que en una de las ocasiones en que el presidente no logró dominarse frente a un duro ataque periodístico, se dirigió a él, entonces joven subsecretario de uno de los ministerios nacionales en forma intemperante para indicarle que no se diesen nuevos avisos oficiales al diario que lo impugnaba. De inmediato, el ofendido redactó su renuncia y se la entregó al ministro, quien lo comunicó de inmediato al Presidente. Éste se apresuró a dirigirse al despacho de Ibarguren y le pidió excusas. Roca también sabía escuchar, y como era un hombre intelectualmente bien formado, curioso y perspicaz, estaba en condiciones de resolver los variados temas que llenaban sus preocupaciones de estadista.

Los seis años que concluyeron con la entrega de la banda y el bastón presidencial a Manuel Quintana signaron, en múltiples aspectos, un sostenido desarrollo que trazó las bases de la nación próspera y pujante del Centenario, además de marcar el rumbo del país durante varias décadas. En el acto de asunción del mando, Quintana se encargó de aclararle a Roca, en forma expresa, que su ciclo político había terminado: “Soldado como sois transmitís el mando en este momento a un hombre civil. Si tenemos el mismo espíritu conservador, no somos camaradas ni correligionarios, y hemos nacido en dos ilustres ciudades argentinas más distantes entre sí que muchas capitales de Europa”.

“El Zorro” no contaba ya con su partido. Su influencia se había desgranado lentamente y el golpe final lo había dado la ruptura con Pellegrini. Viajó con su familia a Europa y, al volver en 1907, tuvo la convicción plena de que su momento había pasado, y se refugió en el silencio de la vida privada, hasta su repentina muerte.